

Lobo está

“Cuando Caperucita entró encontró diferente a la abuelita, aunque no supo bien porqué.

- ¡Abuelita, qué ojos más grandes tienes!
- Sí, son para verte mejor hija mía
- ¡Abuelita, qué orejas tan grandes tienes!
- Claro, son para oírte mejor...
- Pero abuelita, ¡qué dientes más grandes tienes!
- ¡¡Son para comerte mejor!!

En cuanto dijo esto el lobo se lanzó sobre Caperucita y se la comió.”

Lic. Marta Verónica Zubowicz
MN.N* 42892

La cuarentena tiene sus bemoles, obviamente el encierro oprime y el aislamiento deprime. Pero también sucedió que muchas personas encontraron en esta tan novedosa situación formas de vida que no solo no les disgustaron sino que fueron de su agrado. Entre ellas el teletrabajo, aunque no así las clases de los chicos que complicaban la organización de los quehaceres del hogar, sea porque no querían hacer las tareas o porque no podían solos y los padres, además de su propio trabajo, tenían que hacerse el tiempo para acompañarlos.

Sin embargo en las sesiones, virtuales por causas de fuerza mayor, muchas madres dejaron al descubierto un gran temor que las embarga, y que en esta cuarentena habían perdido, que es el miedo a que sus hijos o hijas, cuando no están bajo su mirada, corran algún tipo de riesgo de abuso sexual.

¿De qué hablamos cuando hablamos de abusos?

La primera imagen que suele presentarse es la del abuso infantil. El abuso sexual infantil no es algo nuevo, aunque si lo es su alta visibilización; históricamente y en todas las épocas existieron y hasta se llegaron a justificar o a naturalizar, alcanza para comprobarlo echar un vistazo a la literatura y al arte en general, hecho que hoy no sería concebible, en principio...

Los abusos sexuales infantiles ocurren con más frecuencia de lo que se piensa, suceden en muchos sitios que no suelen verse como peligrosos, no obstante y desgraciadamente la mayoría de ellos se producen en el ámbito familiar y son cometidos por personas allegadas en las que los niños confían y a los que seducen con engaños.

“También la seducción real es harto frecuente, de parte de otros niños o de personas a cargo de la crianza... Toda vez que interviene una seducción, por regla general perturba el curso natural de los procesos de desarrollo; a menudo deja como secuela vastas y duraderas consecuencias”¹

Etimológicamente la palabra abuso proviene del latín “abusus” que significa uso contrario al correcto, usar en forma excesiva causando perjuicio; es decir que cuando hablamos de abuso el término comprende muchas más acciones que el aberrante abuso sexual.

En la Convención Internacional de los Derechos del niño, de la Asamblea General de las Naciones Unidas de 1989, en su Artículo Número 19 dice:

“Los Estados Partes adoptarán todas las medidas legislativas, sociales y educativas apropiadas para proteger al niño contra toda forma de perjuicio o abuso físico o mental, descuido o trato negligente, malos tratos o explotación, incluido el abuso sexual, mientras el niño se encuentre bajo la custodia de los padres, de un representante legal o de cualquier persona que lo tenga a cargo ”.

Cuando se refiere a niños y niñas el abuso es claro y repudiable en todas sus formas, pero no siempre es así, no siempre recibe condena social el abuso, sexual o no, cuando se trata de mujeres adultas y/o adolescentes.

Llamativamente, y a raíz de un documental emitido por Netflix llamado “Jeffrey Epstein asquerosamente rico” surgió un debate, por cierto absurdo, en cuanto

a la responsabilidad que les cupo a las adolescentes reclutadas y reclutadoras para el tráfico, la prostitución y el abuso sexual.

El documental versa sobre la red de tráfico de menores con fines sexuales que realizaba el millonario empresario Jeffrey Epstein e incluye la denuncia de las víctimas, la mayoría de ellas adolescentes al momento de los hechos, incluso de 14 años y con aparatos de ortodoncia, cuyo relato deja asomos de culpabilidad y vergüenza por haber aceptado viajes y dinero a cambio de favores sexuales y de llevar a otras chicas para conformar una red de prostitución en continuo crecimiento.

El film también deja al descubierto la situación de vulnerabilidad en que se encontraban la mayoría de estas chicas, solas, sin cuidados ni protección de personas adultas, fomento posibilitador para que se deslumbraran con el lujo y el dinero.

Resulta sorprendente que en pleno siglo XXI se siga viendo a la mujer como responsable de los abusos sexuales a los que es sometida y hasta se las acusa de provocarlos, pero mucho más lo es cuando la justicia avala el actuar delictivo y califica a una violación grupal a una menor de 16 años de “Accionar doloso de desahogo sexual” como sucedió en la provincia de Chubut, o el argumento de un Juez, para bajar la condena de un abusador que obligaba a una niña de ocho años a practicarle sexo oral, diciendo que lo hizo mediante un juego y con la luz apagada, por lo cual el hecho es “menos traumático”.

Ningún hecho de abuso es sin consecuencias, mucho menos de abuso sexual, los efectos psicológicos pueden llegar a ser devastadores y perdurar durante toda la vida. El consumo desmedido de drogas y

¹Sigmund Freud. Obras Completas. Tomo XXI. Amorrortu Editores. 2001. Pág. 234

alcohol, entre otras conductas de riesgo, es una forma de batallar contra ese trauma escondido al que a veces se cree olvidado. Otra esfera en la que impactan profundamente los abusos es en la propia sexualidad, la cual se ve afectada de diferentes modos impidiendo su satisfacción, su motivación o su disfrute.

Otras consecuencias observables, según ASPASI² son: baja autoestima, vergüenza, hipersexualización, anorexia, depresión, miedos, fobias, actos compulsivos, autolesiones, tentativas de suicidios y culpa.

Una culpa que las marca, que las oprime y las hace sentir merecedoras de infortunios e indignas de recibir amor. La mayoría de las chicas abusadas no logran entablar relaciones duraderas y se ven perseguidas por la falta de confianza, haciendo de su vida una vida casi detectivesca que les consume todo su tiempo, sienten que siempre las van a engañar y a lastimar.

“... el niño, librado en su desvalimiento a esa voluntad arbitraria, despertado prematuramente a toda clase de sensibilidades y expuesto a todos los desengaños, a menudo interrumpido en el ejercicio de las operaciones sexuales a él impuestas por su imperfecto dominio sobre las necesidades naturales-, todas estas desproporciones grotescas, y al mismo tiempo trágicas, se imprimen sobre el futuro desarrollo del individuo...”³

También en terapia se les dificulta confiar en el psicólogo o la psicóloga. Se necesita un espacio, un transcurrir del tiempo y la experiencia del profesional para que allí, cuando se presenta la angustia inundante, puedan expresar con palabras el dolor y la culpa.

Escucharlas sin interrogar posiblemente abra un hueco en la armadura que se confeccionaron durante un largo tiempo y nos permitan acceder a ese secreto que las atormenta para así, quizás, encontrar un alivio a su largo padecer.

Es nuestra responsabilidad, no sólo como profesionales de la salud mental sino como adultos cuidadosos, como madres, padres, docentes y personas que aceptando las reglas culturales velan por la moral y la ética, enseñar transmitir y advertir que siempre puede haber un lobo disfrazado que oculta sus oscuras intenciones.

²Asociación para la prevención de los Abusos Sexuales en la Infancia

³Sigmund Freud. Obras Completas. Tomo III. Amorrortu Editores. 2002. Pág. 213